

Asia Central: del imperio al Estado-nación

Olivier Roy

*L*a descomposición de la Unión Soviética ha supuesto la paralela disolución de su zona de influencia, tanto en Europa como en el Asia Central. Con ello se ha dado pie a que en esta región se desate una dinámica política que se hallaba contenida bajo el peso de las necesidades estratégicas de la ex potencia, y cuyos extremos son el proyecto del Estado-nación fundado en la homogeneidad racial y el Estado multiétnico. Olivier Roy¹ analiza las posibilidades de una y otra perspectiva, a la luz de los intereses de las potencias regionales y de la fuerza política de los actores sociales involucrados.

* * *

LA DISOLUCIÓN DE LA URSS ha llevado, en el Cáucaso y en Asia Central, a la independencia de nuevas repúblicas cuya legitimidad se funda en un nacionalismo de base étnica. La repentina irrupción de los nacionalismos étnicos cuestiona el equilibrio interno de los países multiétnicos de la región, lo cual puede constituir un obstáculo para que surjan nuevas formas de reagrupamiento en *pan...ismos*: panislamismo, panturquismo, panturanismo o paniranismo.

El paso de una lógica de imperio a una lógica de Estado-nación étnica no es inédito: ya en los años veinte¹ se asistía a una tentativa similar explícitamente vinculada a la lucha contra el Islam, de Estambul a Samarcanda pasando por Teherán. Pero la semejanza ideológica, más que nacionalista, no había desaparecido totalmente: la creación de Pakistán en 1947, la revolución islámica de Irán y la insurrección de los Moudjahidín afganos en 1979, comprobaron que el Islam podía constituir una ideología supranacional. La URSS brindó el ejemplo de un Estado ideológico multiétnico. Hoy la dimensión ideológica va paulatinamente desapareciendo frente a la irrupción de las identidades étnicas.

Hacia el nacionalismo étnico

LAS FRONTERAS DE ASIA CENTRAL y del Cáucaso, tal como se conocen hoy, fueron fijadas en el transcurso de un siglo. De 1806 a 1828, en el Cáucaso, las fronteras entre Rusia, de una parte, el Imperio Otomano e Irán,

IV TRIMESTRE 1992

de otra parte, fueron establecidas por los tratados que sancionaron el avance ruso. De 1865 (la toma de Tachkent por los rusos) a 1895 se establecieron, con el respaldo de los británicos, los límites entre Irán, Afganistán y Rusia. En 1920 el Imperio Otomano da lugar a la Turquía Kemalista. Finalmente, en los años veinte se dividió el territorio de la URSS en "repúblicas soviéticas".

El Imperio Otomano, la URSS, Irán, Afganistán y, más recientemente, Pakistán, se constituyen bajo la lógica del imperio multiétnico y no en base al nacionalismo étnico: este también fue el caso de los "kanates" de Bucará, de Kiva y de Kokan que habitaban el espacio del Asia Central antes de que fueran anexados al imperio ruso. La legitimidad de estos Estados era dinástica o ideológica (Islam, Chiismo, socialismo).

Los años veinte a la vez marcan el período de estabilización de las fronteras y un cambio importante; en esta época se transforman los imperios en Estados nación fundados en el nacionalismo étnico. El primer ejemplo de esta transformación es el de Turquía Kemalista: es turco quien hable turco; los Kurdos son negados como pueblo y las minorías griegas, armenias o judías, protegidas por el Tratado de Lausana, son percibidas por la opinión como extranjeras. En Irán, Reza Sha, quien accedió al poder en 1921, se esfuerza en construir la identidad iraní alrededor del centro persa: se prohíbe hablar turco, mientras que se busca en la antigua Persia la legitimidad que permita perfilar el Islam; esta política será retomada por el hijo del Sha, Mohamed Reza Pahlavi, quien apoya, en 1971, la fundación del Imperio como punto de partida de su calendario. En la URSS, de 1921 a 1929, Stalin, con base en criterios étnicos y lingüísticos crea seis repúblicas musulmanas, bastante artificiales, pero que logran consolidarse en la medida en que dichas divisiones territoriales suministran un marco para el surgimiento de una nueva élite. Seguramente, la posición de la URSS enmascaró la transformación de los imperios en Estados-nación: la Unión se definió dentro de una lógica de Imperio en el cual la legitimidad provenía de una ideología universalista: el socialismo. Pero a nivel de las repúblicas soviéticas, es el criterio de la lengua, de la etnia (llamada "nacional") y del territorio el que prevaleció para justificar la creación de las nuevas entidades políticas. La disolución de la URSS en 1991 lógicamente ha hecho surgir nuevos Estados-nación fundados en el nacionalismo étnico y en el territorio.

¿Federalismo Islámico?

EN AFGANISTAN, SI LAS DINASTIAS nacieron, después del siglo XVIII, de la etnia dominante (los Pactuns), es sólo a partir de los años treinta que se comienza a hablar de "nación Pactoana". Durante los años cincuenta el príncipe Daoud, en ese momento primer ministro, impulsa la pactoanización del

1/ *Politique Internationale*, otoño de 1992.

2A/ División del emirato de Bukhara, recientemente conquistado, en "repúblicas soviéticas" fundadas cada una con base en un grupo étnico; paso del Imperio Otomano y del califato a la república de Turquía, etc.

país y reivindica la creación de un Pactonistán independiente para la minoría pactoana de Pakistán.

Sin embargo, en Irán como en Afganistán, el paso de una lógica de imperio a una lógica de Estado-nación fracasó porque la etnia dominante no era mayoritaria en los dos países. En Irán, la revolución islámica de 1979 se constituyó en la revancha de la identidad chiíta sobre la identidad persa. No hay que olvidar, en efecto, que el moderno imperio iraní, tal como fue creado en el siglo XVI por la dinastía safavide (que era de origen turco), estaba basado en la lealtad y no en la identidad étnica: los árabes y los asirios iraníes, que son chiitas, protegieron siempre al Estado Central de los Kurdos y los Baluches, quienes son ante todo Sunitas.

Afganistán y Pakistán se han presentado siempre como "países musulmanes". El Estado afgano es, ciertamente la creación de una confederación tribal pactoana pero las dinastías constantemente se esforzaron en legitimarse por medio del Islam: el persa fue la lengua exclusiva de la corte hasta 1933 y el poder central jamás titubeó en convocar a la solidaridad islámica para luchar tanto contra los británicos, los rusos como también contra los iraníes; es en nombre de la identidad islámica que los Moudjahidín afganos tomaron las armas contra el régimen comunista y contra los invasores soviéticos, y no a nombre de un nacionalismo poco aferrado en las conciencias. Finalmente, la razón de ser de Pakistán fue la de reagrupar, por fuera de toda consideración étnica, a los musulmanes del bajo continente indio; es por esta razón que la lengua nacional es el urdú (versión musulmana del Hindi) y no el Punjabi, lengua de etnia mayoritaria.

Los Estados buscan legitimidad

EL SURGIMIENTO DE NUEVOS ESTADOS-NACION, cuya legitimidad tiene como base la etnia, se opone al principio de los imperios y Estados multiétnicos que han asegurado, antes de la caída de la URSS, el equilibrio en Asia Central y en Asia del Sur (aquí no se analizará el caso de la India pero es similar). Esta situación regional es aún más peligrosa que la de las fronteras en las que se ignoran a las etnias: en las fronteras de Irán se han refugiado kurdos asirios, turcos, baluches y afganos (que sin duda ya se establecieron allí definitivamente). La frontera norte de Afganistán está poblada de turcos, ouzbeks y de tadjiks. Por primera vez los asirios, los turcos y los ouzbeks tienen una entidad estatal nacional. El caso de los tadjiks es diferente en la medida en que los afganos (comúnmente conocidos así pero que en realidad hablan persa y son sunitas) han considerado siempre que ellos tienen la vocación de gobernar conjuntamente Afganistán, en un régimen de paridad con los Pactuns.

Los motivos expuestos por países tales como Irán, Afganistán y Pakistán aumentan el riesgo de agravar las tensiones étnicas ya considerables en Afganistán y en Pakistán.

El problema es saber la forma política que pueden alcanzar estas reivindicaciones. Es interesante anotar que casi no se encuentran, de Estambul a Islamabad, formaciones políticas influyentes constituidas con base en el nacionalismo étnico. En Irán no hay por el momento ningún movimiento separatista asirio, árabe o baluche; sólo los kurdos cuentan con un partido

autónomo, el PDKI. En Afganistán los pequeños partidos étnicos, como el Afgano-Mellat (Pactun) o el Setam-i melli (Tadjik), fueron reducidos por la guerra. En Pakistán los partidos nacionalistas baluches y pactuns obtuvieron resultados muy bajos en todas las elecciones.

Pero, si no existe una estrategia nacionalista étnica entre los actores políticos de la región (salvo los kurdos), sin embargo, una dinámica de reacomodamiento étnico atraviesa toda la zona. Por una razón simple: la crisis de legitimidad que viven todos los Estados implicados. Por esto los grupos mal ubicados o sin poder buscan en la afirmación nacionalista un medio de imponerse en el escenario político. Sin embargo, la disolución de la URSS, antes impensable, ha convencido hoy a los actores políticos que todo puede ser posible.

En Afganistán, los reagrupamientos derivados de la retirada de las tropas soviéticas, en febrero de 1989, se constituyeron en torno a la etnia: en marzo de 1990 una tentativa de golpe de Estado en Kabout agrupó al islamismo radical de Goulboudine Hekmayar y al no menos radical general Tanay, ministro de defensa del régimen comunista. Al norte, en marzo de 1992, los tadjiks comandados por Massoud, los chiitas influenciados por Teherán, y los islámicos progubernamentales, se aliaron para derrocar la administración militar pactoana y apoderarse de la cuarta ciudad del país, Mazar-i Sharif. Esta coalición se apoderó de la ciudad de Kabul en abril de 1992, y se enfrentó inmediatamente a la oposición armada de Goulboudine Hekmayar. Al establecerse el gobierno de transición de Moudjahidin bajo la dirección de Sebghatoullah Modjaddidi, se presentó una segunda confrontación entre los dos bloques.

En Irán la legitimidad chiita, que constituye el cimiento del país, está en crisis después del cese al fuego con Irak en julio de 1988. Khomeyni no tuvo un sucesor digno de él. El clero chiita perdió la autonomía al identificarse con el Estado. Pero, sobre todo, la revolución iraní fracasó tanto en el plano interno como externo. Los radicales, dirigidos por el anterior ministro del interior, Mohtashemi, fueron los últimos en conservar el mito revolucionario: su aguda caída en las elecciones legislativas de abril de 1992 significa también el fin de la revolución.

Las nuevas zonas francas

ESTA CRISIS DE LEGITIMIDAD de los chiitas es susceptible de liberar los nacionalismos étnicos, particularmente el nacionalismo asirio. Los Estados-nación que han surgido de la descomposición de la URSS pueden servir de polo de identificación para las etnias vecinas que no tienen movimientos nacionalistas. Azerbaidján deliberadamente ha escogido un modelo nacionalista (turco) y laico, reconocido por la adopción simbólica del alfabeto latino; esta idea es totalmente opuesta a las concepciones de la revolución islámica. Al otro extremo, Uzbekistán, la más poblada de las repúblicas musulmanas de la ex URSS, mantuvo hasta 1991 el régimen de Nadjibullah en Afganistán, y a través de él la integridad territorial del país. Pero ante la caída del

gobierno, Tachkent podría preferir la desintegración de Afganistán pues, en ese caso, su influencia en el Norte sería considerable.

¿Esto quiere decir que las fronteras de esta parte del mundo van a modificarse y que surgirán nuevos Estados?

Hasta ahora los Estados de la región mantienen el consenso en favor de la estabilidad de las fronteras. Ninguno de ellos promueve un estallido de las bases étnicas de sus vecinos (así a la India no le disguste ver a Pakistán amenazada por una explosión, y viceversa). Ni Turquía, ni Irán, ni Pakistán están interesados en conquistar territorio ya que ello arruinaría el equilibrio sobre el cual sus países están contruidos. Turquía no quiere asumir la dirección de un panturquismo ya que la distanciaria aún más de Europa y la haría aparecer como una amenaza frente a los países limítrofes; además hacerse cargo de las nuevas poblaciones iría en contra de su desarrollo económico y de sus oportunidades de salir del Tercer Mundo. De la misma manera para Irán, que controló parte del Oeste afgano hasta 1956, cualquier adhesión de territorios aumentaría el peso de la población sunita iraní. El Irán revolucionario siempre ha jugado a la carta islámica —es decir, de hecho, a la solidaridad chiita, pero jamás a la solidaridad étnica. Querer anexionar Herat, la gran ciudad afgana del oeste, sunita, pero que habla persa, en nombre de la continuidad territorial y de la identidad étnica, implicaría perder Tabriz, la segunda ciudad de Irán, chiita, pero que habla turco, en favor de Azerbaidján, recurriendo a los mismos principios. Esto significaría el fin de Irán.

Finalmente, en Pakistán el poder central se adecuó a la existencia dentro de su territorio de zonas tribales que no se someten a las leyes del país y de hecho a todo control estatal. Pero, no obstante todos los esfuerzos, el gobierno de Pakistán jamás ha logrado verdaderamente liderar los movimientos de Moudjahidin afganos. Cualquier anexión de los territorios afganos extenderá considerablemente estas inciertas zonas tribales, que han llegado a ser el santuario del tráfico de drogas y de armas. Parece que la región cuenta actualmente con el número de Estados posibles. No es viable que las etnias que no tienen un Estado constituido (Kurdos, baluches, pactuns, sindis, ver Cachemira) lleguen a tenerlo. En efecto, las identidades locales nunca han contado con una clara conciencia étnica: el debilitamiento de los Estados centrales no se transformará forzosamente por el surgimiento de nuevas naciones, sino más bien por la aparición de "zonas francas", sin autoridad estatal bien definida (oeste de Afganistán, las zonas tribales de Pakistán, Baluchistán, etc.). Algunas etnias como los pactuns y los baluches malgastan sus recursos económicos y su fuerza política en el juego de los Estados (Afganistán y Pakistán para los pactuns) y en los flujos transnacionales (contrabando, mano de obra, etc.), lo cual hace poco atractiva la perspectiva de crear nuevos Estados-nación de base étnica, que romperían estos flujos y equilibrios.

En conjunto, la polarización étnica es real, pero el paso al nacionalismo, es decir a la voluntad de crear Estados-nación a partir de las etnias es, por el momento, marginal.

El mito de los "Pan...ismos"

EN CUANTO A LAS IDEOLOGÍAS *pan...ísticas*, ellas parecen ser incapaces de construir una alternativa para la afirmación étnica. El panturquismo es un mito: Turquía, que jamás ha controlado Asia Central por muy lejos que nos remontemos en la historia de las dinastías que han reinado sobre Anatolia, no tienen los medios para desarrollar las otras repúblicas que hablan turco. Las dificultades que ha encontrado la reunificación alemana, por ejemplo, que pese a ser una de las economías más pujantes del mundo, no ha podido integrar a los millones de hermanos separados por cuarenta años, ha enfriado a los soñadores. El problema real del gobierno de Ankara es tener una opinión pública de un chauvinismo exacerbado; pero el panturquismo se detiene allí donde empieza la influencia de los asirios. Esto no impide, gracias a la caída de la URSS, que Turquía, que ya no es el bastión de vanguardia de la OTAN, continúe en adelante disponiendo de una política de potencia a nivel regional.

El panislamismo es igualmente un mito, no obstante que esté vivo en el imaginario colectivo. Los movimientos fundamentalistas se dividen en tres polos: el Irán revolucionario que sólo ha involucrado a los chiitas (pero ha fracasado entre los asirios); Arabia Saudita, principal proveedor de fondos para la construcción de las mezquitas y para la formación de los *mullahs*, pero desacreditada por la guerra del golfo; y los hermanos árabes-musulmanes, aliados al partido islámico pakistano *Jamaat ut Tabligh*. Según esto, el gran dam de Irán, los musulmanes de Asia Central, casi todos los sunitas, son más sensibles al modelo proveniente del medio árabe.

El panturanismo, que expresa la voluntad de unificar a Asia Central, no es más que el disfraz del imperialismo uzbek — más pronunciado ya que Ouzbekistán — se sitúa en el corazón de Asia Central y cuenta además con fuertes minorías en todos los países limítrofes. En cuanto al paniranismo, es decir el reagrupamiento de todos los que hablan persa, no tiene futuro político: ningún poder iraní ha podido controlar Asia Central, a excepción de Ciro el Grande —lo que hace que su legitimidad se remonte en la historia. La afirmación del paniranismo de base étnica y lingüística, como lo hemos visto, será el regreso al problema de lo que ha hecho el Irán moderno.

Curiosamente, reencontramos en 1992 las líneas de fuerza de los grandes imperios del siglo XVI, cuando Afganistán aún no existía, a saber: un Imperio otomano activo hacia el Cáucaso, hacia el Mediterráneo y hacia el mundo árabe pero bloqueado al este por Irán; un Estado Iraní, aquel de los Safavides, para el cual el chiismo es un vector de identidad nacional y de política extranjera; un espacio uzbek de fronteras cambiantes; en las Indias, el imperio de los grandes mongoles, especie de espacio musulmán sunita entre los herejes chiitas, los idólatras hindúes y los infieles rusos —un ideal que evocaba en alta voz el general Zia ul-Haq, cuando fue jefe de Estado de Pakistán— y, finalmente, el gran duque de Moscovia, que acababa de surgir al incorporar a los tártaros del Volga —esos tártaros que todavía hoy marcan la presencia irreductible del Islam en el corazón de una nación rusa que sólo existió como Imperio, y no como Estado-nación.

No veremos surgir otros grandes conjuntos geoestratégicos. Los Estados-nación que se desarrollarán frente a nuestros ojos en Asia Central, bajo el fondo de la desaparecida URSS, están condenados a encontrar formas de cooperación. Y esto, no obstante los conflictos étnicos y fronterizos que no faltarán para oponerse.